

Murcia: Un mes UN peseta.

Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SU UN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Viernes 27 de Septiembre de 1907

Núm. 335

Lágrimas y dolores

Somos los de siempre. La imprevisión es nuestro lema, la desconfianza nuestra costumbre. Año tras año experimentamos los terribles embates de la adversidad y la experiencia no pone en nosotros sus precavidos ojos, dejándonos obrar inconscientemente, sin reflexión, á salga lo que saliere. A u la catástrofe sucede otra, á un dolor otro dolor, pareciendo algo así como si gozáramos con los daños, con las amarguras, con las lágrimas de los demás. Nadie piensa en el porvenir, en ese mañana que tantas vergüenzas nos cuesta; todos tienen ojos para el presente y procuran aprovecharse de él, sin conceder importancia al desconcierto que engendra esa mala intención. Primero se piensa en lo que ha de beneficiar á uno, en lo que positivamente le interesa; después en impedir por todos los medios imaginables que la utilización del presente convenga á otro cualquiera, haciéndole experimentar satisfacciones idénticas.

El pasado año, Málaga, la bella Málaga experimentó el terrible azote de las aguas casi al mismo tiempo que Santomera, sufriendo enormes pérdidas. Todo el mundo vió del lado que venía el peligro, el punto débil para contener una avalancha con honores de turbión; entonces se solicitaron de los poderes públicos recursos, medios suficientes para la construcción de obras indispensables; y el gobierno, luego de la tramitación corriente, envió la cantidad de que disponía. Pero lo que debía ser preocupación de todos los gobiernos, sólo lo fué de uno; y el de Maura, que desembarazadamente podía haber contribuido á hacer imposible una catástrofe como la de ahora, sabiendo cuanto ocurría, se cruzó de brazos, gastando el dinero en tonterías insignificantes y no concediendo importancia á las advertencias justas de los malagueños, como antiguamente ocurría con los murcianos. Y así ha sucedido lo que hoy se lamenta tanto.

La culpa de la inundación de Málaga, como antes acontecía en Murcia, la tiene el gobierno, sólo el gobierno. Todos los daños, las desgracias todas deben achacarse á él, pues su indiferencia, su desaprensión y su despotismo necio lo han ocasionado. En la situación por que atraviesan hoy los malagueños, aun queriéndose buscar otros culpables, no se puede culpar á nadie más que á Maura y á sus satélites, únicas personas que podían haber evitado la desgracia y únicos responsables por tanto de lo sucedido. Cuando los gobiernos abandonan á su suerte á las provincias, los daños que experimentan éstas caen sobre aquel, puesto en incidencia las ocasiones.

El luctuoso acontecimiento que envueta á la bella Málaga ha evidenciado de manera inconfundible la apatía de estos gobiernos que á sí mismos componen; se demuestran regeneradores. Regeneradores de qué? Como no se de las antiguas costumbres de seguridad, cambiándolas por otras nuevas de inseguridad! Los poderes públicos están para algo más que para esquilmar el país y á ellos deben acudir los malagueños, como también los demás damnificados, buscando alivio para las pérdidas materiales. Las otras, las que no tienen compensación, cargárselas en el «debe», para poder decir mañana: «por culpa de Maura perecieron ahogadas aquí 50 personas.»

PLUMAZOS

Amanecerá Dios...

Aunque ya pasó la moda de hablar de los famosos quinientos y nadie se preocupa de los graves estudios con que matan el ocio los señores que calientan las poltronas ministeriales, bien sería proceder á una tranquila clasificación para entresacar de los sesudos conservadores que nos gobiernan aquellos hombres que pudieran ordenarse de momias más ó menos vivientes ó en vida. Para un anticuario sería adquisición apreciable la del actual ministerio y para un naturalista fuente inagotable de estudio, que tal vez daría como resultado desmentir las teorías tan tanto famosas y atrevidas del pobre Darwin. Hay ocasión de sobra para reirse de las evoluciones de las especies y bastante para poner en duda el progreso insensible de las razas!

Cuántas historias de momias se podrían escribir en nuestra España con solo añadirse del catálogo de hombres políticos!

Ahí está, boyante y feliz, el ministerio conservador, que desde que se aupara al poder, solo ha tendido á demostrar que no es preciso sal en la mollera para gobernar á una nación como la nuestra; ahí están los flamantes ministros de D. Antonio en hábitos de momias automáticas; ahí están y ahí permanecen con la paz del justo esos sabios ignorados que todo lo fian á la casualidad y que convencidos como el filósofo de que todas las cosas llevan en su seno su propia destrucción, duermen tranquilos y reposan en la confianza de que lo que está escrito sucede siempre. Dentro de unos días, en las Cortes, se verá todo el olímpico desprecio de esos elegidos contra los seres desventurados que se atreven á pensar y gastan el tiempo en cavilar cosas que unas veces suceden y otras no, según sea la tinta con que estén escritas en el gran libro del Destino...

NAZARIN.

Información especial

Abdul Hamid

El islamismo es de suyo despótico; sus príncipes, sus reyes, aunque nazcan bien inclinados acaban por ser siempre unos tiranos erueles.

Digan lo que quieran, el Corán es anticivilizador, proscribido el arte, prohíbe reproducir la forma del hombre, del animal y de la planta; un musulmán no puede retratarse. La poligamia es otro elemento de tiranía y de envilecimiento enervante. El Corán, es una vergüenza de la humanidad. Mientras exista habrá en el mundo barbarie brutal y cruel.

El musulmán jamás se convierte á otra religión; podrá aparentarlo, pero no pasa de la apariencia. Si deja el islamismo es para ser escéptico en religión, pero conserva del Corán todo lo que tiene de malo, egoísta y salvaje. Los pueblos regidos por el Corán serán siempre bárbaros y groseros.

Pero ¿no eran tan cultos los moros que invadieron á España? Lo eran, y muy humanos, por lo menos los ilustrados, mas no vinieron así, se ilustraron al contacto de la civilización cristiana y quien sabe á donde habrían llegado. Pero los echamos, volvieron á su África donde vivían y viven solos, y vedlos: están en la barbarie como todos los pueblos musulmanes, incluso Turquía, cuya civilización es una barbarie paludosa.

¿Quién reina en todos los pueblos islamitas al presente? Despotas, hoy lo mismo que ayer y que mañana, tiranos sanguinarios, egoístas, egoístas, egoístas y envilecidos por la poligamia y por la adoración de que son objeto, desde niños criados ya en la atmósfera malsana de los palacios y los harenes, donde la intriga, el asesinato, el envenenamiento, la desconfianza y la perfidia son lo ordinario y corriente.

Esta es la verdad sobre el islamismo, diga lo que quiera la ilustración cursi de nuestros semisabios á la violeta, hombres de ideas de cliché mal digeridas que creen distinguido abominar un poco de nuestra civilización y deprimirla algo ante las de África y Asia.

El sultán de Turquía, Abdul Hamid, hombre sombrío y misterioso ha sido objeto de mucho interés en el mundo cristiano. El no es mas que un despota abominable, pero astuto como todos los islamitas encumbrados.

Dueño de un imperio grande, que sostiene mediante prodigios de astucia y aprovechando factores externos determinantes de la debilidad de las potencias, él vive en una existencia miserable en su palacio de Yildizkiosk, envenenado siempre en el asesinato y en el envenenamiento, temeroso de sea asesinado ó envenenado, desconfiando hasta de su sombra, solo, sin amigos, durmiendo poco, siempre alerta, siempre ojo avizor y extraño á toda altura, á toda placidez.

Poco más ó menos, lo mismo viven todos los príncipes y los reyes musulmanes.

Abdul Hamid se consume víctima de su propia manera de vivir. Lo que no han podido lograr cien conjeturas y atentados en veinte años de azoramiento continuo, lo hace la teusión nerviosa de modo constante de la soledad y de la desconfianza; el sultán se consume rápidamente, no vivirá mucho, morirá odiado y no llorado, le sucederá otro como él, si no peor.

¡Maldita desunión que hace débil á Europa y la imposibilita para una misión civilizadora en el mundo musulmán, eterno mantenedor del despotismo y de la barbarie!

El sultán está amenazado de una parálisis terrible y rápida.

¿Cómo vive? Oculto, apartado. Para llegar á él hay que pasar por muchos cordones de guardias, de esclavos, de dignatarios, de espías y de esbirros todos armados, que á cada paso detienen al visitante ya escotado y bien, le examinan, le preguntan, le piden un pasaporte...

Pero no se llega sin embargo al sultán, esto no está permitido más que á rarísimas personas y muy raras veces; quien recibe es un secretario, un ayudante, un chambelán, más ó menos elevado, el sultán que si quiere; los embajadores de las potencias, los príncipes y reyes, algun otro dignatario, nada más y siempre entre guardias.

De diez noches, nueve no duerme Abdul Hamid más de cuatro horas y en el mismo sitio. Apenas toca las comidas, bebe un agua especial que le traen con grandes precauciones soldados que tienen esa misión.

Reso sí, trabaja mucho, lo estudia todo, le inspecciona, se entera, sabe muchas cosas. Habla francés, inglés y alemán; pero si recibe á quien tales lenguas habla, también él se vale de intérprete; pues habla en turco y se hace repetir en turco lo que ha entendido muy bien en francés.

Su hijo, el lobezno, que será peor que él cuando suba al imperio, es un gran pianista, que compone música y la regala bien encuadrada á los embajadores; se llama Burra-hedin.

Dos rasgos de Abdul-Hamid que prueban que no es tonto:

Hace poco dijo á un embajador francés: Se habla del despotismo turco. Pasead por cualquiera ciudad de mi imperio, encontrareis muchas religiones, lo las permitidas, que hacen sus procesiones públicas ante mis propios soldados tranquilamente. En la liberal Europa no sucede eso.

Y, realmente, el sultán decía la verdad.

Otra vez, refiriéndose al islamismo, dijo al embajador alemán:

«No hablaréis más de que de peligros: el peligro amarillo ó japonés, el peligro negro, el rojo, el musulmán. Ahora os preocupa el japonés. Decid á los vuestros que si el Japon invadiera el Occidente, los musulmanes seríamos los que os libráramos de ese peligro: los turcos salvarían á Europa de los japoneses.»

Y es probable que también tuviera razón en esto el sultán.

COSAS DE MURCIA

Pues, señor, tenemos razón

Hace tiempo, á raíz de la inauguración de los tranvías eléctricos, dijimos al señor Gobernador que urgía un pronto reconocimiento de la instalación de coches; y á pesar de que nuestro consejo se inspiraba en un profundo deseo de garantizar la seguridad del viandante, el Sr. Barroso, que no hace caso de las advertencias desinteresadas, echó en saco roto nuestra indicación, pensando que todo era producto de la fantasía.

Ha sido preciso que la realidad, en diferentes ocasiones y poniendo en peligro la vida de los transeúntes, viniese á sacarlo de su absurda indiferencia, para que el desprendido personaje que regaló la provincia de Murcia á Lacierva bajase de su burro y reconociera lo ridículo de su situación. La condescendencia hacia una empresa cualquiera, piénselo que quiera el señor Barroso, no puede llegar hasta el extremo de dejar al público en la indefensión. Como las concesiones se ajustan á determinados patrones, bueno será saber si en esta se cumplió con lo prevenido, para si no proceder en la forma á que haga lugar.

Nuestras denuncias en un vehemente deseo de que resplandeciera la verdad, tenían por objeto conocer hasta qué punto podía uno fiarse de la instalación de cables eléctricos; pero el Gobernador, que á lo que se ve no transita por sitios donde existen cables, desatendió nuestro honorado consejo, oyendo quizás la voz de sus ideales político, que le mandaban ser sordo y no tener ojos.

Hoy en que cumpliendo como debe ordena un reconocimiento de la instalación y coches eléctricos, es conveniente á vertiere

que no se circunscriba solamente á la línea de Espinardo, sino que se inspeccionen también las otras, para ver en qué situación se encuentran. Un momento de descuido ahora, en el período de las lluvias, puede ocasionar muchas desgracias, de las cuales sería responsable ante su propia conciencia.

Ya que el Sr. Barroso, en un momento de esplendidez, regaló la provincia de Murcia á nuestro excelentísimo Sr. Lacierva, desela sin peligros, sin malas instalaciones eléctricas, para que el regalo sea completo. En caso contrario puede decir el sapiente Ministro de la Gobernación que el presente no vale siquiera lo que se ha hablado de él.

¿Lo hará así? ¡Quién sabe! Porque el señor Barroso hace las cosas al revés de como debe de hacerlas, al igual de su ilustre jefe.

DIORAMA MADRILEÑO

Solidaridad os dé Dios

Los solidarios podrán hablar mucho de la mancomunidad de sus ideales é intereses políticos, podrán pregonar con entusiasmo su pasmosa y asombrosa sinceridad, podrán decir que no hay otros como ellos para la franqueza, podrán hablarnos de la sanidad completa de sus intenciones, podrán creerse como los últimos y mejores patriotas, podrán hacer cuanto mas les venga en ganas, pero lo único que no conseguirían, lo solo que rechazaríamos siempre será creer en la veracidad de esas afirmaciones gratuitas.

Si el caso de la Coruña no fuese tan reciente, tendríamos el de Moriones ó si no el de Odón de Buen, que hablan con entera claridad de la hodgez de convicciones y promesas de los nuevos Mesías de la civilización; pero están todos y la duda, que se utiliza siempre como arma defensiva cuando no se puede ni se debe defender honradamente una cosa, no saldrá por esta vez á relucir, dejando que cada cual pague su culpa y adquiera la parte de fama correspondiente á sus buenas obras.

A Salmerón, porque en Galicia se pueden recibir silbidos en lugar de plácemes, lo dejan ir solo, después de haberle instado á que fuese; á Salmerón, que prometió á Odón pagar el gasto de su elección si la Solidaridad no lo hacia cumpliendo con su deber, le endosan el mocheo y le hacen abonar por vez primera en su vida unos gastos que siempre le indignaron y que nunca pagó; y á Salmerón, que no tiene otra culpa que la de ser un fluso con mucho talento, le cuelgan el sambenito de inconsecuente, vanidoso y buscador de aplausos.

La Solidaridad, que tiene en su bagaje muchos «rapos sucios, cucl» á Lerroux el desprestigianete de «estafador», y le llama cobarde, cochino y ladrón porque retira un amigo suyo la fianza que habia depositado por Moriones, al traicionario éste é ir contado en mítins solidarios verdaderas porquerías de sus antiguos amigos, porquerías que sólo tienen asiento en su cabeza; pero á pesar de esa ira, ningún solidario ni la Solidaridad completa buscan las 1.000 pesetas que necesita el preso para recobrar la libertad, haciendo tan sólo lo de siempre: llamar canalla á Lerroux por dejar á Moriones en situación de que le ayuden sus nuevos amigos, que, naturalmente, no lo hacen ni lo harán, por que una cosa es predicar y otra dar trigo.

Y la Solidaridad, en fin, que tales anomalías comete y que no acompaña á ninguno de sus amigos, piensa ahora enviar á Fortuna—para negociar con Maura algunas porquerías referentes á la reforma de Administración local—al mártir, al héroe Sr. Cambó, que hasta lo presente no ha hecho nada por Barcelona ni por el famoso y monstruoso conglomerado de la mancomunidad.

En otro país que no fuese el nuestro, donde sólo reina lo inverosímil, cualquier acto de esa especie desprestigiaría para siempre á quienes lo respaldaran; mas aquí las cosas suceden de manera diametralmente opuestas y en vez de incapacitar, dá fama, y en lugar de ser castigados, se premia, como si de la justicia popular fuese un mito y como si no hubiesen personas con ojos para ver y con cerebro para discernir y comprender que eso es: una traición, tanto más indigna cuanto que es injustificada.

Los que hoy, con olvido completo de la sinceridad y honradez proclamadas, siguen la política de los pasteles y de los com-

padrazgos, traicionan á los catalanes y echan el borrón mayor que puede echarse al conglomerado ese que tan desdichadamente y en tan mal hora nació para el partido republicano.

La Solidaridad, ó cambia de modo radical ó muere, y muere de la manera peor: de una ind gestión de traidores.

HÉCTOR DE CASTRO.

Madrid.

La Higiene de la piel

Es bonita una piel blanca y sonrosada; pero no se puede negar que en el Mediodía de Europa, en Italia, Francia y España hay mujeres francamente morenas que son tan atractivas ó más que las blancas. No es necesario para que una mujer sea linda, que tenga la piel de este ó de aquel color; lo que se debe desear es que la piel sea limpia, clara, morbida y fina.

La piel fina y como transparente la tienen todas las mujeres que cuidan de ella; la piel aparece gruesa y opaca cuando no se cuida. Los poros de un rostro abandonado no están abiertos, y así es como se forman las manchas; rostro manchado puede decirse que es rostro que no está cuidado, que siente ansia de agua. Es preciso tratarlo con ácidos naturales para devolverle su frescura.

Muchos son los específicos que se recomiendan para conseguir que la piel de la cara y de las manos sea tersa, suave, de un matiz uniforme y agradable. Casi todos esos específicos consisten en un perfume cualquiera que aromatiza una solución más ó menos ácida. Recuérdese los «vinagrillos de tocador.» Todos pretenden producir inmejorables efectos y muchas veces irritan la piel, la inflaman y producen un resultado opuesto al que se esperaba.

Es verdad que los ácidos son las substancias indicadas para disolver las grasas; pero hay ácidos y ácidos. Los únicos que debe emplear una mujer que desee conservar la piel fresca y limpia, son los procedentes de frutas ácidas. Y para evitar todo engaño de los laboratorios,—esos inventores de los sucedáneos,—lo más prudente es emplear las mismas frutas, apretándolas contra la piel para que suelten su jugo y lavarse con éste el cutis.

Primeramente se debe haber bañado la cara en agua tibia para conseguir que se abran los poros y luego se parte por la mitad la fruta, naranja, limón ó tomate y se aplasta poco á poco de modo que el zumo toque toda la superficie que se desea que quede fina y fresca. Después de ese baño de ácido natural se vuelve á lavar la cara con agua tibia y el resultado es siempre infinitamente superior al de todos los específicos inventados y por inventar, buenos sólo para llenar el bolsillo de sus inventores y expendedores.

Las fresas son de incalculable valor para la mujer que desea conservar la belleza de su piel. Una americana famosa por su hermosura se lava desde que era niña con jugo de fresa diluido en una mitad de agua y pues el jugo puro es demasiado ácido puede usar puro el zumo de las fresas sin temor alguno de que le produzca manchas.

En lo que debe tenerse especial cuidado es en que el jugo ácida de esas frutas, sean cuales fueren, no toque á los ojos, pues los irritaría.

Las mujeres morenas pueden emplear, seguras de que obtendrán un buen resultado, uvas negras maduras, chafándolas y cuidando que su zumo esté en contacto con la piel durante media hora, y lavándose luego con agua tibia.

Ciertas uvas expuestas unos horas á cuando han estado expuestas unas horas á los rayos del sol, se vuelven casi negras. Con zumo de uvas y de fresas mezclado en partes iguales y añadiendo un poco de agua se les aclara la piel y se les quita casi instantáneamente las manchas amarillas que el sol produce sobre el tono obscuro del cutis.

Conviene también que en un tocador femenino haya un tarro de cold-cream de buena calidad, pues aplicado á la piel después de los ácidos naturales de las frutas acaba de poner la piel suave y fresca y evita la levisima irri acción que algunos zumos (limón y naranjas) producen á veces.

En una palabra, la mujer que quiere conservar la frescura de su cutis, es necesario que no haga jamás uso de los específicos recomendados como soberanos remedios que se atenga á los solos productos naturales, el gran laboratorio que